

LA MEJOR MAESTRA

El primer día de clases la profesora López, maestra de 5to grado de primaria, les dijo a sus nuevos alumnos que a todos los quería por igual. Pero eso era una mentira, porque en la fila de adelante se encontraba hundido en su asiento Pedro González, a quien la profesora López conocía desde el año anterior y había observado que él era un niño que no jugaba bien con los otros niños, que sus ropas estaban desaliñadas y constantemente necesitaba un baño.

Con el paso del tiempo, la relación entre la profesora y Pedro se volvió desagradable, a tal punto que esta sentía mucho gusto al marcar sus tareas con grandes tachaduras en color rojo.

Un día la escuela le pidió a la Sra. López revisar los expedientes anteriores de cada niño de su clase y ella puso el de Pedro al final. Sin embargo, cuando revisó su archivo, se llevó una gran sorpresa.

La maestra de primer grado de Pedro escribió: "Pedro es un niño brillante con una sonrisa espontánea. Hace sus deberes limpiamente y tiene buenos modales; es un deleite tenerlo cerca".

Su maestra de segundo grado escribió: "Pedro es un excelente alumno, apreciado por sus compañeros, pero tiene problemas debido a que su madre tiene una enfermedad incurable y su vida en casa debe ser una constante lucha".

Su maestra de tercer grado escribió: "La muerte de su madre ha sido dura para él. Trató de hacer su máximo esfuerzo, pero su padre no muestra mucho interés y su vida en casa le afectará pronto si no se toman algunas acciones".

Su maestra de cuarto escribió: "Pedro es descuidado y no muestra mucho interés en la escuela. No tiene muchos amigos y en ocasiones se duerme en clase".

En este momento la Sra. López se dio cuenta del problema y se sintió apenada. Se sintió todavía peor cuando al llegar la Navidad, todos los alumnos le llevaron sus regalos envueltos cada uno de ellos en papeles brillantes y preciosos listones, excepto el de Pedro. Su regalo estaba torpemente envuelto en el

pesado papel café que tomó de una bolsa del mercado. Algunos niños comenzaron a reír cuando ella encontró dentro de ese papel un brazalete de piedras al que le faltaban algunas y la cuarta parte de un frasco de perfume. Pero ella minimizó las risas de los niños cuando exclamó:

– ¡Qué brazalete tan bonito!, poniéndoselo y rociando un poco de perfume en su muñeca.

Pedro González se quedó ese día después de clases solo para decir:

– Sra. López, hoy usted olió como mi mamá solía hacerlo.

Después de que los niños se fueron, ella lloró por lo menos durante una hora.

Desde ese día renunció a enseñar solo lectura, escritura y aritmética. En su lugar, comenzó a enseñar valores, sentimientos y principios a los niños.

La señora López le tomó especial atención a Pedro. A medida que trabajaba con él, su mente parecía volver a la vida. Mientras más lo motivaba, más rápido respondía.

Al final del año, Pedro se había convertido en uno de los niños más listos de la clase y a pesar de su mentira de que ella quería a todos los niños por igual, Pedro se volvió uno de sus consentidos.

Un año después, encontró una nota de Pedro debajo de la puerta del salón, diciéndole que ella era la mejor maestra que había tenido en su vida.

Pasaron seis años antes de que recibiera otra nota de Pedro. Él entonces le escribió que ya había terminado la preparatoria, había obtenido el tercer lugar en su clase, y que ella todavía era la mejor maestra que había tenido en su vida.

Cuatro años después, recibió otra carta, diciéndole que sin importar que en ocasiones las cosas hubieran estado duras, él había permanecido en la escuela y pronto se graduaría en la Universidad con los máximos honores. Y le aseguró a la Sra. López que ella era aún la mejor maestra que él había tenido en toda su vida.

Luego pasaron otros cuatro años, y llegó otra carta. Esta vez le explicó que después de haber recibido su título universitario, él decidió ir un poco más allá. Y le volvió a reiterar que ella era aún la mejor maestra que él había tenido en toda su vida. Solo que ahora su nombre era más largo y la carta estaba firmada por el Dr. Pedro González, MSc.

El tiempo siguió su marcha y en una carta posterior Pedro le decía que había conocido a una chica y que se iba a casar. Le explicó que su padre había muerto hacía dos años, le preguntó si accedía a sentarse en el lugar que normalmente está reservado para la mamá del novio. Por supuesto que ella accedió.

Para el día de la boda usó aquel brazalete con varias piedras faltantes se aseguró de usar el mismo perfume que le recordó a Pedro a su mamá la última Navidad.

Ellos se abrazaron y el Dr. González susurró al oído de la Sra. López:

– Gracias Sra. López por creer en mí. Muchas gracias por hacerme sentir importante y por enseñarme que yo podía hacer la diferencia.

La Sra. López, con lágrimas en sus ojos, le susurró de vuelta diciéndole:

– Pedro, tú estás equivocado. Tú fuiste el que me enseñó que yo podría hacer la diferencia. No sabía cómo enseñar hasta que te conocí.

Moraleja:

Las experiencias que tenemos a lo largo de nuestras vidas (gratas y desagradables) marcan lo que somos en la actualidad, no juzgues a las personas sin saber qué hay detrás de ellas, dales siempre una oportunidad de cambiar tu vida.

Fuente: <http://zhino.cubava.cu/reflexiones-para-la-vida/>